

**CARLOS MARTINEZ MORENO,
ESCRITOR DEL EXILIO**

De Carlos Martínez Moreno alguna vez don Carlos Quijano dijo: “es un gran escritor injustamente relegado o inmerecidamente desconocido. Un gran escritor con una gran obra cumplida”.

Exiliado primero en España y luego en México, Martínez Moreno llegó a nuestro país a la edad en que otros se jubilan para continuar aquí la batalla periodística y literaria emprendida en Uruguay; para demostrar que el exilio, no obstante ser “un salto en el vacío, un hecho espantoso, una experiencia de desaliento y fracaso”, puede ser el detonante para que en América Latina surjan hombres que, cargados con una reserva de coraje y militancia, sean capaces de seguir escribiendo.

Aliado con la insurgencia revolucionaria, Martínez Moreno fue, desde temprano, un practicante político reacio a transigir con las dictaduras militares. Fraguada en el fervor por hacer del país oriental una patria libre y democrática, la lucha del movimiento de liberación nacional, la de los Tupamaros fue, también, la lucha dada por quien creía que “el espíritu humano no es doblegable por las fuerzas anticiviles”.

El periodismo, la literatura, la cátedra, el ejercicio de la abogacía como defensa de los presos políticos fueron, entre otros, los campos elegidos por Martínez Moreno para contrarrestar y denunciar el avance de los grupos retardatarios en este continente.

Autor de las novelas: *El paredón*, *Con las primeras luces*, *La otra mitad*, *Coca y Tierra en la boca*, en 1979 Martínez Moreno gana —con *El color que el infierno me escondiera*— el concurso ese año convocado por el semanario *Proceso* y

la editorial Nueva Imagen para escribir sobre el militarismo en América Latina.

Este libro, culminación de una gran trayectoria narrativa, está armado a partir de un gran tema central: la presión desplegada en 1972 contra los Tupamaros. Es, entonces, “una gran lamentación, un canto fúnebre por la derrota, por la muerte de los jóvenes uruguayos”.

1972 es el año de la caída de la guerrilla pero es, al tiempo, la fecha en que arrecia el combate —dado desde diferentes frentes por diversos sectores intelectuales— encaminado a derrocar el régimen castrense uruguayo.

Los escritores, se sabe, no son quienes hacen la revolución, pero “pueden crear cierto tipo de condiciones para que una cultura no muera y esté pronta a recibir los fermentos de la renovación”. Antes que literatos de la revolución, lo que una sociedad requiere es revolucionarios de la literatura, hombres convencidos de que es posible reconstruir un país” sobre los huesos muertos, sobre los huesos de quienes han tenido todo el fervor de seguir viviendo” y a los que el orden de los cuarteles no ha hecho desistir de sus propósitos.

Carlos Martínez Moreno nació en Colonia, Uruguay, en septiembre de 1917. Escritor del exilio, falleció en México en febrero de 1986. Constituye, al lado de don Carlos Quijano y de Angel Rama (dos de las inteligencias mayores del país suriano —vinculados, los tres, en alguna época por el empeño común de seguir publicando *Marcha*) un escritor exiliado sin retorno. Otra muestra de que el destierro, pese a ser una situación contrahecha del individuo puede ser, también, no obstante la diáspora, un factor cohesionante y vital en el cumplimiento de los mejores objetivos sociales.

Laura Guillén